

EL AUTOR ELIGE SU PAGINA

MARINO
GOMEZ-SANTOS

Señala la 67 de su
libro

"MUNDO
APARTE" (1)



DESCUBRO Cadaqués por un ventanillo pequeño. Veo unas colinas, con olivos espectrales, escalonadas de pequeños muros—construidos con pizarra—para hacer posible el cultivo de terreno tan accidentado.

Me sobrecoge el color de estas colinas, de un verde amarillento, casi dorado.

Al salir por las callecitas estrechas y pedregosas del pueblo, donde las casas tienen cortinas de juncos troceados y nunca se cierra la puerta por la noche, me di cuenta de que éste es un lugar al que puede venirse tranquilamente por una semana y quedarse para toda la vida.

Salí por el mar en la lancha *Gloria*, pilotada por Luis Romero.

—Aquella es la casa de Lydia de Cadaqués, de la *Bien Plantada*, donde vivió Picasso y más tarde don Eugenio d'Ors. Mira ahora por el lado de la proa, a la derecha de la vela... ¿Ves una casa con las maderas pintadas de verde? Allí veraneó Dalí siendo muchacho. Ahora vive su hermana Ana María, a quien debes visitar, porque te contará muchas cosas.

—¿Ana María Dalí, a quien García Lorca escribió tantas cartas?

—Exactamente. Es mujer muy inteligente y ha presenciado muy de cerca los comienzos artísticos de su hermano.

El panorama de Cadaqués, desde el mar, tiene perspectivas de eternidad. Con razón ha dicho Dalí que es el lugar más bello del mundo.

A las ocho, tal como habíamos quedado, llego a Port Lligat. Desde la terraza del hotel domino bien la cala y sus colinas circundantes. Veo la blanca geométrica de la casa de Salvador Dalí y la ascendente y suave colina que arranca a la espalda, escalonada de pequeños muros de conten-

(1) Aguilar. Madrid, 1960; 286 páginas.

"MUNDO APARTE"

(CONTINUACION)

ción, contruidos con pizarra equilibrada de modo y con habilidad tal, que no necesita argamasa. Sobre la colina destaca el cono del molino abandonado que aparece repetidas veces en los lienzos dalinianos.

El mar tiene las aguas quietas como si fuese un lago. El viento mueve ligeramente las tres lanchas amarillas que permanecen abandonadas en medio de la cala, bautizadas con el nombre de la mujer del pintor, escrito en letras negras sobre la amura. En la orilla, dos hermosos cisnes pasan majestuosos con sus cuellos estirados.

El paisaje, yermo, austero, tiene una tonalidad sobria y a un mismo tiempo dramática, que hace pensar en un mundo acabado, por cuyas colinas puede asomar el Anticristo. Al situarse frente a Port Lligat, la realidad se confunde con el recuerdo literario de una tierra maldita, sobre cuyo cielo de color sangría se perfilaba el patíbulo.

Lugar misterioso éste, intemporal, diabólico y, sin poder evitarlo, lleno de atractivo.

Ya estamos frente a Dalí, que se presenta con una camisa de raso multicolor: negra, amarilla, roja, verde, con bordados fosforescentes.

—Es una camisa de Texas.

Desde el ventanal de la biblioteca contemplamos el paisaje de Port Lligat, que ha hecho impacto en mí. Dalí está con los brazos cruzados y la vista lejana.

—¿No se fija usted en que esas colinas de enfrente son como un burro podrido? —me advierte Dalí.

—Algo hay de eso.

Seguimos callados mientras nos dejamos llevar por la contemplación del paisaje.

—Dalí.

Vuelve la cabeza hacia mí y aguarda la pregunta.

—¿Cómo definiría usted Port Lligat?

—Como el Toledo del Mediterráneo. Tiene ese color de polilla, esa cosa dorada, amarillenta.

Le pregunto si son suyos los cisnes que vemos en el agua, a través de las adelfas y de los cipreses de la escalera.

—Sí, naturalmente. Son parte muy importante del panorama de Port Lligat, como las barcas amarillas que están allí, en el centro, solas. Tengo la convicción de que *Parsifal* empieza aquí, en Port Lligat. Estoy buscando documentos, y algún día podré llegar a demostrarlo.

Percibo el olor de las siemprevivas secas que inundan el ambiente de la casa. Subimos al estudio. Dalí va delante, un poco encorvado, cantando algo confusamente, a media voz.

—Veamos primeramente la casa.

Al pasar de una estancia a otra subimos distintas series de escalones.

—Esta casa la fuimos formando poco a poco, comprándoles las barracas a los pescadores. Primero, una; después, otra, y luego, la tercera, que yo fui mandando comunicar y distribuir a nuestro gusto.

Remana
Oct. 1960